

— ¡Oh inocentes mujeres desgraciadas y perseguidas! exclamó Vautrin interrumpiendo. ¿De modo que eso es cuanto han adelantado?... Dentro de pocos días tomaré yo cartas en el asunto, y todo irá bien.

— ¡Ay! señor Vautrin, — dijo Victorina, dirigiéndole, al través de las lágrimas que velaban sus ojos, una ardiente mirada, sin que Vautrin diera la menor señal de sentirse conmovido. — Si conoce usted algún medio de llegar hasta mi padre, dígame que, para mí, su cariño y el honor de mi madre valen más que todo el dinero de la tierra. Si consiguiera usted que desarmara un poco contra mí, pediría á Dios por usted. Cuente con mi agradecimiento...

— *Por largo tiempo he recorrido el mundo*, cantó Vautrin con voz irónica.

Goriot, la señorita Michonneau, Poiret, bajaron en aquel momento, sin duda atraídos por el olorillo de los aprestos culinarios de Silvia, la cual comenzaba á la sazón el asado del trozo de carnero. Aun duraban los saludos entre los recién llegados y sus predecesores, cuando se oyeron en la escalera los pasos del estudiante. Daban las diez.

— Vaya, hoy va usted á almorzar con todo el mundo, señorito Eugenio, dijo Silvia.

El estudiante saludó á los demás comensales y se sentó junto al señor Goriot.

— Acaba de ocurrirme una singularísima aventura, dijo sin dejar por eso de servirse un buen plato del asado y cortando un trozo de pan, cuyas dimensiones calculaba con la vista la patrona.

— ¿Una aventura? dijo Poiret.

— ¿De qué se extraña usted, viejo tonto? dijo Vautrin á Poiret. El señor es de los que pueden tenerlas.

La señorita de Taillefer dirigió al joven estudiante una tímida mirada.

— Cuéntenos usted su aventura, dijo la viuda de Vauquer.

— Hallándome anoche en el baile de la condesa de Beauseant, mi prima y dueña de una casa magnífica con habitaciones forradas de seda, y que nos ha dado una fiesta espléndida en la que me he divertido como un re...

— Yezuelo dijo Vautrin interrumpiéndole brusca-mente.

— ¿Qué quiere usted decir, señor mio? preguntó Eugenio con viveza.

— Digo *yezuelo*, porque los *reyezuelos* se divierten mucho más que los reyes.

— Es verdad; preferiría ser un descuidado pajarrillo, porque... empezó á decir el *conformista* Poiret.

— Iba diciendo, repuso el estudiante cortándole la palabra, que bailé con una de las mujeres más hermosas que había en el baile, una condesa encantadora, criatura deliciosa cual no he visto otra. Llevaba prendidas en el cabello flores de melocotón, pendiente de la cintura un hermosísimo ramillete de flores naturales que embalsaban; pero, ¡bah! preciso sería que la hubiesen ustedes visto; es imposible describir á una mujer animada por el baile. Pues bien; esta mañana, á las nueve, he encontrado á mi divina condesa, á pie, en la calle

de Gres. ¡ Ah! el corazón me palpitaba en el pecho cual si quisiera saltárseme; me figuré...

— Qué venía aquí, exclamó Vautrin lanzando una mirada profunda al estudiante. Pues no, señor; probablemente iba á ver al buen Gobseck, el usurero. Si profundiza usted alguna vez en el corazón de las señoras de París, hallará siempre antes que al amante al usurero. Esa condesa se llama Anastasia de Restaud y vive en la calle de Helder.

Al oír aquel nombre, Eugenio quedóse mirando fijamente á Vautrin. El tío Goriot irguió inmediatamente la cabeza y dirigió á ambos interlocutores una mirada tan viva y en la que revelaba inquietud tan intensa que sorprendió á los circunstantes.

— ¡ Cristóbal llegará demasiado tarde, y habrá ella tenido que ir! exclamó dolorosamente Goriot.

— Adiviné, dijo Vautrin al oído de la patrona.

Goriot comía maquinalmente y cual si no se diera cuenta de que comía. Nunca había parecido tan concentrado y tan estúpido como en aquel momento.

— ¿ Quién demonio le ha dicho á usted su nombre, señor Vautrin? preguntó Eugenio.

— ¡ Pues... ahí verá usted! contestó Vautrin; ¡ también el tío Goriot lo sabía! ¿ Por qué no había de saberlo yo?

— El señor Goriot, dijo el estudiante.

— ¡ Qué! murmuró el pobre viejo. ¿ Estaba muy guapa anoche?

— ¿ Quién?

— La señora de Restaud.

— ¡ Habráse visto, y cómo se le encandilan los

ojos á ese viejo avaro! dijo la de Vauquer á Vautrin.

— ¿ Será, según parece, su querida? preguntó la señorita Michonneau en voz baja al estudiante.

— ¡ Oh! si, estaba locamente hermosa, repuso Eugenio, á quien miraba ávidamente el viejo Goriot. Si no hubiera estado presente la señora de Beauseant, la de Restaud hubiera sido la reina del baile. Los hombres parecían querer comérsela con los ojos, y las mujeres rabiaban de envidia. Tenía comprometidos todos los turnos. Yo ocupaba el número doce en su lista. Si una criatura ha sido feliz ayer, de fijo que fué ella. Con razón se ha dicho que las tres cosas más hermosas del mundo son: una fragata con las velas desplegadas, un caballo al galope y una mujer bailando.

— Ayer en lo alto de la rueda, en casa de una duquesa, dijo Vautrin, mañana en lo bajo, en casa de un usurero. Esas son las parisienses. Si no bastan los maridos para mantener su lujo desenfrenado, se venden. Si no saben venderse, serían capaces de abrir en canal á su propia madre, si supiesen que en el vientre de ésta habían de hallar oro para seguir brillando. Apelan á todos los medios. ¡ Es sabido, demasiado sabido!

El semblante de Goriot, que se había iluminado como el sol de un hermoso día al oír al estudiante, púsose sombrío al escuchar la cruel observación de Vautrin.

— ¿ Y su aventura? dijo la viuda de Vauquer; ¿ dónde está esa aventura? ¿ Le habló usted? ¿ le preguntó usted si quería aprender derecho?

— No me vió, dijo Eugenio. Pero no deja de ser raro encontrar en la calle de Gres, á las nueve de la mañana,

á una de las mujeres más bonitas de París, sobre todo si esa mujer se ha retirado á su casa á las dos de la madrugada después de haber estado bailando toda la noche. ¡Estas cosas sólo pasan en París!

— ¡Bah! Otras hay mucho más extrañas, exclamó Vautrin.

Apenas había escuchado la señorita de Taillefer, tan preocupada estaba con la empresa que iba á intentar, que casi no había oído lo que se hablaba. La señora de Couture le indicó con el gesto que se levantara para irse á vestir. Detrás de las dos señoras sallió el tío Goriot.

— ¡Vaya, lo han visto ustedes! dijo la Vauquer á Vautrin y á los demás huéspedes. No me cabe duda. Esas mujeres son la causa de su ruina.

— Nadie podrá hacerme creer, replicó el estudiante, que la hermosa condesa de Restaud sea la amante del tío Goriot.

— Ni nosotros tenemos empeño en hacérselo creer á usted, dijo Vautrin interrumpiéndole. Usted es todavía demasiado joven para conocer bien á París; con el tiempo aprenderá usted que á veces se encuentran lo que llamamos *hombres apasionados*...

— Al oír estas palabras, la señorita Michonneau, miró á Vautrin con inteligente expresión. Parecía como un caballo de regimiento que oye tocar la trompeta.

— ¡Hola! ¡hola! exclamó Vautrin, dirigiéndola una de aquellas miradas en él peculiares. Cualquiera diría que también ha tenido usted sus pasiones, ¿eh?

La solterona bajó la vista como una monja que ve estatuas.

— Pues sí, continuó diciendo. Los tales, cuando se dejan dominar por una idea, conviértense en esclavos de ella. Sienten sed, y sólo pueden beber agua en determinada fuente, á veces sucia, pues por beberla venderían á sus mujeres y á sus hijos y hasta el alma al diablo. Para unos esta fuente es el juego, la Bolsa, una colección de cuadros ó de insectos, ó la música; para otros es una mujer que sabe aderezarles sus golosinas predilectas. A éstos ya podéis ofrecerles todas las mujeres de la tierra; como si no; sólo quieren á la que satisface su pasión. Muchas veces la mujer no corresponde al delirio amoroso que inspira, y paga ternura con asperezas, vendiendo á muy alto precio retazos de satisfacción. Pero no por eso se desengaña la víctima, antes bien, para llevar al objeto de su culto el último franco empeñarán en el monte de piedad la última manta de la cama. El tío Goriot es de éstos. La condesa le explota porque es discreto. ¡Y ése es el mundo elegante! El pobre viejo no piensa sino en ella. Extráiganle esa pasión, y no quedará en él sino el idiota. Pero tóquenle á ella, y verán que el rostro se le anima como un sol. Su secreto no es difícil de adivinar. Esta mañana ha llevado plata sobredorada á la fundición, yo mismo le vi entrar en casa del judío Gobseck, en la calle de Gres. ¡Fíjense ustedes! A la vuelta ha enviado á casa de la condesa de Restaud á ese mentecato de Cristóbal, quien nos ha enseñado el sobre dirigido á aquélla y el pagaré saldado que contenía. Es evidente que la condesa iba también á casa del judío, porque la cosa urgía, pero que el tío Goriot se ha apresurado á sacarla del apuro pagando por ella. No es preciso ser

muy listo para verlo claro como la luz del día. Todo lo cual le prueba á usted, señor estudiante, que mientras su condesa reía, bailaba, hacía mil monadas, ostentaba sus flores de melocotón y se remangaba la cola del vestido, estaba en brasas, como vulgarmente se dice, pensando en sus pagarés protestados ó en los de su amante.

— Me ha puesto usted en grandísima gana de saber la verdad, dijo Eugenio. Mañana iré á ver á la señora de Restaud.

— Sí, sí, dijo Poiret, es preciso que vea usted mañana á la señora de Restaud.

— Acaso encuentre usted allí al vejete, que habrá ido á cobrarse de sus galanterías.

— Por lo visto, dijo Eugenio, este París es una cloaca.

— Y una cloaca muy particular, repuso Vautrin. Los que se ensucian yendo en coche son gentes honradas, pero los que se manchan yendo á pie son unos pilletes. Si tiene usted la desgracia de cometer un robo pequeño, pronto dará usted con sus huesos en la audiencia, donde será usted blanco de todas las miradas. Pero robe usted un millón y pasará usted en todas partes por hombre honrado. ¡Y para sostener semejante moral gastamos treinta millones en policía y tribunales de justicia!... ¡Muy bonito!

— ¡Cómo! exclamó la viuda de Vauquer, ¿usted cree que el tío Goriot ha vendido el servicio de plata sobredorada?

— ¿No había dos tórtolas cinceladas sobre la tapadera? dijo Eugenio.

— Es verdad.

— Y por cierto que le tenía gran cariño, porque según vi, por una casualidad, lloraba al torcer el plato y la taza.

— Teniale tanto cariño como á la propia vida, respondió la viuda.

— ¡Qué pasión la de ese pobre hombre! exclamó Vautrin. Su alma está en manos de esa mujer.

El estudiante subió á su cuarto, marchóse Vautrin, y á los pocos momentos la viuda de Couture y Victorina tomaron un coche de punto que Silvia fué á buscar. Poiret ofreció el brazo á la señorita Michonneau, y ambos se fueron á aprovechar las dos horas de sol que quedaban, paseando por el Jardín de Plantas.

— Ahí los tiene usted casi casados, dijo Silvia. Hoy es la primera vez que salen juntos. Tan secos están que, si se les rozara el uno contra la otra, echarían chispas como si fueran de pedernal.

— Pues ojo con el chal de ella, replicó riendo la de Vauquer, porque ardería como yesca.

A las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vió, á la luz de las dos lámparas, que despedían más humo que claridad, los enrojecidos ojos de Victorina. La viuda de Vauquer escuchaba el relato de la infructuosa visita hecha aquella tarde á su padre por la infeliz niña. Cansado el señor de Taillefer de que fueran tantas veces á su casa, las había recibido al fin para explicarse con ellas.

— Querida señora, decía la señora de Couture á la de Vauquer, figúrese usted que ni siquiera ha dicho á Victorina que se siente; durante toda la visita la ha tenido

de pie. A mí me ha dicho sin enfadarse, con la mayor frialdad, que excusábamos molestarnos en volver; que la señorita, no dijo *su hija*, se perjudicaba en su opinión, importunándole (una vez al año: ¡qué monstruo!); que la madre de Victorina no llevó al matrimonio dote alguna, por lo que la niña á nada tenía derecho, y otra porción de cosas no menos duras que hicieron verter amargo llanto á esta infeliz. Se arrojó á los pies de su padre y tuvo el valor de decirle que obedecería humilde á sus voluntades; que sólo insistía por la memoria de su madre, que le suplicaba que leyese el testamento de la desdichada difunta; cogió la carta y se la presentó diciendo las cosas más hermosas del mundo y las más sentidas; no sé dónde las ha aprendido. Sin duda se las dictaba Dios, porque la pobre criatura hablaba de un modo que sólo de oírle me puse á llorar como una tonta. ¿Y sabe usted lo que hacía entre tanto aquel horrible hombre? Se limpiaba las uñas. Cogió la carta que, bañada en lágrimas, le daba su hija, y la arrojó á la chimenea, diciendo: «Está bien.» Quiso levantar á la niña que estaba arrodillada á sus pies, pero como ésta le tomara las manos para besárselas, las retiró. ¿No es esto una abominación? Su gran majadero de hijo entró sin saludar á su hermana.

— ¿Son pues unos monstruos? dijo papá Goriot.

— Después de lo cual, siguió diciendo la señora de Couture sin hacer alto en la exclamación del buen viejo, padre é hijo se marcharon haciéndome una reverencia, y rogándome que les dispensara; tenían asuntos urgentes. Tal fué nuestra visita. Al menos ha visto á

su hija. Y en verdad que no sé cómo se atreve á negarla porque se le parece como una gota de agua á otra.

Los huéspedes, internos y externos, fueron llegando, saludándose unos á otros y diciéndose esas expresiones sin sentido que entre ciertas clases parisienses forman un género de espíritu que creen chistoso, y en el que entra la necedad como elemento principal, consistiendo el mérito particularmente en el gesto ó en la pronunciación. Esta jerga especial varía continuamente, no teniendo el estribillo que le constituye más de un mes de vida generalmente. Ese estribillo sale de un suceso político, de un proceso ruidoso, de una canción callejera, de las gracias ó payasadas de un actor; todo sirve á fomentar ese juego del espíritu que consiste sobre todo en tomar las ideas y las palabras como volantes y á enviárselos unos á otros sobre raquetas. A la sazón acababa de inventarse el diorama, procedimiento óptico mucho más perfecto que los panoramas hasta entonces en boga, y de ahí había venido el emplear á tuerto y á derecho la expresión *rama*. Comenzó la moda en los estudios de los pintores, y un joven del gremio que venía á comer á la casa la inculcó en ella.

— Que tal, señor Poiret, dijo el empleado del Museo, ¿cómo va esa *saludrama*?

Luego, sin esperar la contestación:

— Señoritas, ustedes, están apenadas, dijo á la señora de Couture y á Victorina.

— ¿Vamos á comer? Preguntó Horacio Bianchon, estudiante de medicina, amigo de Rastignac. El estómago se me ha bajado á los talones: *usque ad talones*.

— Hace un famoso frioramá, dijo Vautrin. Hágame

usted sitio, papá Goriot, ¡ocupa usted con el pie toda la boca de la estufa!

—Aquí tienen ustedes al excelentísimo señor marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido, gritó Bianchon cogiendo por el cuello á Eugenio, y apretándole como si fuera á ahogarle. ¡Aquí está, caballeros!

Suavemente entró la señorita Michonneau, saludó á los presentes sin añadir una palabra al saludo y fué á sentarse junto á las tres mujeres.

—Siempre me hace tiritar ese viejo murciélago, dijo Bianchon al oído de Vautrin indicando á la solterona. Yo que estudio el sistema de Gall encuentro en ella la prominencia de Judas.

—¿El señor le ha conocido? preguntó Vautrin.

—¡Quién no ha tropezado con él! contestó Bianchon; y le juro á usted que esa paliducha solterona me hace el efecto de uno de esos gusanos que acaban por perforar una viga.

—Ha dicho usted bien, dijo el cuarentón, atusándose las patillas y añadiendo:

Siendo rosa vivió lo que viven las rosas,
Una sola mañana.

En esto entró Cristóbal trayendo la sopera.

—¿Ha reparado alguien de ustedes en la niebla de esta mañana? preguntó el empleado del Museo.

—Sí, dijo Bianchon. Ha sido una niebla lúgubre, melancólica, cenicienta, tísica, una niebla Goriot.

—*Goriorama*, añadió el pintor, porque no se veía ni una gota.

—¡Eh, lord Gooriot! ¡Que estamos hablando de usted!

Sentado al final de la mesa, cerca de la puerta que daba á la cocina, levantó el viejo Goriot la cabeza al propio tiempo que se llevaba á la nariz, para olerlo, un pedazo de pan, según antigua costumbre suya, adquirida en el comercio y que á veces asomaba de nuevo.

—¿Qué es eso? le gritó en tono tan agrio la viuda Vauquer, que dominó el ruido de las cucharas, de los platos y de las voces; ¿no le parece á usted bien el pan?

—Al contrario, señora, replicó. Está hecho con harina de Etampes, de primera clase.

—¿En qué lo conoce usted? dijo Eugenio.

—En la blancura y en el gusto.

—En el gusto de la nariz, puesto que usted lo huele, dijo la Vauquer. Se va usted haciendo tan económico, que acabará usted por alimentarse yendo á la cocina á olfatear lo que guisen.

—Pues saque usted privilegio de invención, dijo el empleado del Museo, y hará usted gran fortuna.

—¿No ven ustedes que hace eso para convencernos de que ha sido fabricante de fideos? dijo el pintor.

—¿La nariz de usted es una retorta? preguntó el empleado.

—Re... ¿qué? dijo Bianchon.

—Re-milgo.

—Re-lincho.

—Re-unión.

—Re-lativo.

—Re-truécano.

— Re-negado.

— Re-lectorio.

— Re-quinto.

En todas los lados de la sala estallaron estas ocho contestaciones con la rapidez de un fuego graneado, provocando á mayor risa por la expresión de la fisonomía del tío Goriot, el cual miraba á todos entontecido, como hombre que oye por primera vez una lengua extranjera.

— ¿Re...? preguntó á Vautrin que se hallaba á su lado.

— ¡Re-tonto, buen hombre! dijo Vautrin, dándole en el sombrero tal apabullo, que se lo metió hasta las orejas.

El pobre anciano, estupefacto por aquella brusca sacudida, quedó inmóvil un momento. Cristóbal creyó que había acabado de comer la sopa y le retiró el plato, de suerte que, cuando un poco repuesto y después de haberse sacado el sombrero tomó la cuchara, dió con ella en la mesa, lo que aumentó la algazara de los convidados.

— Señor mío, dijo el anciano, es usted un gracioso de mal gusto, y si se permite usted conmigo otra broma semejante...

— ¿Qué tenemos, abuelo? dijo Vautrin interrumpiéndole.

— Pues que algún día le pesará á usted y lo pagará bien caro...

— En el infierno, ¿verdad? en ese sitio tan feo adonde van los niños malos, añadió el pintor.

— ¿Qué es eso? Victorina; ¿no come usted? pre-

guntó Vautrin dirigiéndose á la joven. ¿No se ha ablandado papá?

— ¡Un horror! contestó la señora de Couture.

— Pues hay que amansarlo, dijo Vautrin.

— Pues, dijo Rastignac que se hallaba junto á Bianchon, esa señorita podría intentar un pleito acerca de la cuestión de alimentos, puesto que no come. ¡Hola, hola! vaya una manera de examinar á la señorita Victorina que tiene papá Goriot.

Olvidábasele al viejo comer por quedarse contemplando á la niña. En el rostro de ésta se reflejaba un dolor verdadero: el de un hijo que quiere á su padre y se ve negado por él.

— Amigo mío, dijo Eugenio en voz baja á Bianchon, nos hemos equivocado respecto de papá Goriot, el cual no es un imbécil ni un hombre sin nervios. Aplícale tu sistema de Gall, y dime lo que piensas de él. Le vi anoche retorcer un plato de plata sobredorada como si fuera de cera, y en este momento expresó su rostro sentimientos extraordinarios. Me parece su vida demasiado misteriosa y creo que vale la pena de estudiarla. Ríete cuanto quieras, Bianchon; no hablo en broma.

— Estoy conforme, repuso Bianchon. Ese hombre me parece *un caso*; si se deja, lo diseco.

— No; pálpale la cabeza.

— ¿Y si es contagiosa su majadería?...

Al día siguiente vistióse Rastignac con mucha elegancia, y á eso de las tres de la tarde encaminóse hacia casa de la condesa de Restaud, entregándose por el camino á esas locas esperanzas que tantas horas de felicidad proporcionan á los jóvenes: entonces no

calculan obstáculos ni peligros; en todo ven el éxito, poetizan su existencia por el solo juego de su imaginación, y se desesperan ó se entristecen por la destrucción de proyectos que sólo vivían en sus locos deseos; si no fuesen ignorantes ó tímidos, el mundo social resultaría imposible. Caminaba Eugenio con mil precauciones para no mancharse de barro; pero al propio tiempo iba pensando en lo que diría á la señora de Restaud, haciendo provisión de ingenio, que derrochaba en una conversación imaginaria, preparando frases agudas á lo Talleyrand, y suponiendo mil circunstancias favorables á la declaración amorosa, en la que ya fundaba todo su porvenir. Distraído por tan elevados pensamientos, metió los pies en el barro, lo que le obligó á entrar en un establecimiento de limpiabotas del Palais-Royal.

« Si fuera rico, decíase cambiando una pieza de cinco francos que había tomado *para un apuro*, hubiera tomado un coche y habría podido ir pensando á mis anchas. »

Por fin llegó á la calle de Helder, y preguntó, en la casa á que se dirigía, por la condesa de Restaud. Con la ira fría de un hombre seguro de triunfar un día, recibió la ojeada despreciativa de los criados que le habían visto llegar á pie, sin que ruido alguno indicara que el carruaje quedaba de la parte de fuera de la verja. Sin embargo, sintiolo vivamente y más cuando al entrar en el patio vió enganchado á un ligero *cabriolé* de esos que á cien leguas pregonan la riqueza y despilfarro de su dueño, saturado de todas las dichas parisienses, un magnífico caballo que relinchaba rui-

dosamente. Púsose de mal humor sin ayuda de nadie. Sintió que todos los manantiales de ingenio que por el camino venían brotando en su cerebro se le secaban, dejándole estúpido.

Mientras esperaba la contestación de la condesa, á la que un ayuda de cámara iba á decir los nombres de la visita, Eugenio, acercóse á una ventana de la antesala, apoyó el codo en la falleba y quedóse mirando al patio. Hacíasele largo el tiempo, y se hubiera marchado, de no estar dotado de esa tenacidad meridional que obra prodigios cuando domina en línea recta.

— Señor, dijo el criado, la señora está en su cuarto, muy ocupada, y no me ha contestado, pero si tiene á bien el señor pasar al salón, ya hay allí otro caballero.

En tanto que admiraba el gran poder de aquellos sujetos que con una sola palabra acusan ó juzgan á sus amos, Rastignac abrió la puerta por donde había salido el ayuda de cámara, sin duda con objeto de hacerles creer que conocía la casa, pero se metió aturdidamente en un cuarto en el que había quinqués, aparadores, un aparato de calefacción para la ropa de baño, cuyo cuarto daba á un corredor oscuro y á una escalera interior. Las risas ahogadas que desde la antesala llegaron á sus oídos acabaron de confundirle.

— Señor, el salón está por aquí, dijo el ayuda de cámara con cierto tono de falso respeto que era un sarcasmo más.

Eugenio volvió hacia atrás, con tal precipitación que tropezó en una bañera, estando en poco que el sombrero le cayera al agua. Abrióse en este momento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

una puerta situada en el fondo del largo y obscuro pasillo débilmente alumbrado, y Rastignac oyó la voz de la señora de Restaud, la de papá Goriot y el ruido de un beso. Volvió al comedor, lo cruzó seguido del criado, entró en un primer salón, y en él quedó parado junto á una ventana, la cual, según vió en seguida, daba al patio. Quería saber positivamente si aquel papá Goriot era el tío Goriot tan conocido suyo. Latía de una manera extraña el corazón, recordaba las espantosas reflexiones de Vautrin. El ayuda de cámara esperaba á Eugenio á la puerta del salón, del cual salió de pronto un joven elegantemente vestido que dijo al criado en tono de impaciencia:

— Me voy, Mauricio. Diga usted á la señora condesa que la he estado esperando más de media hora.

Aquel impertinente, que sin duda tenía el derecho de serlo, tarareó un trozo de música italiana y se dirigió á la ventana, junto á Eugenio, tanto para ver el rostro del estudiante cuanto para mirar al patio.

— Pero el señor conde haría mejor esperando un instante más; la señora ha terminado ya, dijo Mauricio volviéndose á la antesala.

Precisamente entonces salía Goriot al patio por la escalera interior, cerca de la puerta cochera. El buen hombre enarbolaba su paraguas y se disponía á desplegarlo, sin fijarse en que el portón estaba abierto para dar entrada á un tilburi guiado por un joven que ostentaba en el ojal de la levita una condecoración. El paraguas entreabierto asustó al caballo, el cual dió una huída, precipitándose hacia la escalinata de la entrada.

Volvió el joven del coche la cabeza, iracundo; miró al viejo Goriot, y le dirigió, antes de que saliera, un saludo que demostraba esa especie de deferencia obligada que concedemos al usurero de quien tenemos necesidad, ó al hombre venido á menos, y de la cual nos avergonzamos apenas manifestado. Papá Goriot le devolvió el saludo con gesto amistoso y bonachón.

Estos acontecimientos se efectuaron con la rapidez del rayo, pero Eugenio, que les había prestado toda su atención, se creía solo, cuando de pronto oyó la voz de la condesa.

— ¡Ah! Máximo, ¿de modo que se iba usted? dijo en tono de reconvención no exenta de despecho.

La condesa no había advertido la llegada del tilburi.

— Bruscamente volviése Rastignac al oír la voz de Anastasia, y la vió lindamente vestida, con un peinador de cachemira blanco, adornado con lazos color de rosa, y peinada con ese descuido habitual por las mañanas en las mujeres de París. Sin duda salía del baño, lo que daba á su belleza una frescura particular; de su persona salía un como aroma embrigador, y sus ojos estaban húmedos. Las miradas de los jóvenes saben verlo todo; únense sus espíritus á la irradiación de la mujer del mismo modo que una planta aspira en el aire substancias que le son propias; sintió, pues, Eugenio el contacto de la tersa piel de Anastasia sin tocarla, y al través de la cachemira veía el rosado corpiño que, á veces, al entreabirse el peinador, quedaba al desnudo. ¡Espectáculo hermoso para el estudiante!

No era la condesa de las que deben la elegancia del